**La Caída**

**Príncipe de Asturias**

**Capítulo 1**

**Presentación del libro**

Una lluvia torrencial cae sobre Belo Horizonte. Estacionado en frente del Palacio de las Artes, un taxi espera impaciente la bajada del pasajero, que, aun llevando un paraguas, tiene en el maletero dos cajas pesadas de libros para cargar. El taxista no parece dispuesto a ayudar. Por lo menos, apaga el taxímetro. En el asiento de atrás, Gregório, incomodado, intenta entablar una conversación, pero nada más allá del tiempo.

— No quiero hacerle perder su tiempo. En cuanto pare un poco, prometo bajar. Mira, parece que está menguando…

El taxista sonríe y comprende la situación. Gregório continúa:

— Además, dentro de quince minutos comienza el evento. Necesito llegar unos diez minutos antes para exponer los libros. De cualquier forma, de aquí a cinco minutos salgo.

El taxista se dispone a ayudar:

— Si es así, damos una corrida juntos y cada uno coge una caja.

Cuatro minutos después, las puertas del automóvil se abren y, apresuradamente, los dos cogen sus respectivas cajas. Gregório también lleva un poster y una maleta ejecutiva, aunque lejos de ser cuero original. ‘’Cala bobos’’, la verdad es que la espalda del escritor está bien mojada y los pies entraron de lleno en un charco. Una persona de seguridad del Palacio le ayuda cogiendo una de las cajas y la deposita en un banco, frente a una vidriera. Gregório paga al taxista, dándole una propina de diez reales por la espera, el taxista se lo agradece y desea suerte en el evento. La persona de seguridad, dispuesta a colaborar, le ayuda con las dos cajas (a propósito, bien pesadas), en la planta baja, una mesita con sillas alrededor está preparada para la presentación del libro de Gregório Mendes, 40 años, filósofo, conferenciante, agitador cultural, dueño de una columna comportamental en un periódico de barrio (¡*El Vigilante!*) profesor de Literatura y Redacción en un renombrado colegio de la ciudad. Estrenaba su primer libro, con una selección de textos que habían sido publicados por el periódico. El periódico abarca cerca de 500 lectores a lo máximo, dentro de una asociación de barrio, como Gregório vislumbró un alcance mayor con la publicación de ese compendio, vendió el Golf y juntó sus ahorros para publicar la obra, negociando directamente con una editorial de auto publicación, que no tenía mucho criterio en las valoraciones de los originales, prestando atención sólo a la cuestión comercial de los pagos siempre anticipados. Pero si hubieran entrado en la obra, observarían en ella concepciones y formas de pensamiento bien originales e ideas filosóficas que pasaban lejos de especulaciones metafísicas.

Una somnolienta trabajadora se estiraba en la caja registradora. Un camarero le ofreció ayuda. A Gregório le extrañó el hecho de que la librería de la planta baja hubiera sido cerrada. Un inmueble vacío y frío. Se dirigió a una mesa y al lado colgó el póster, que llevaba para la presentación, *Provocaciones Filosóficas de un Pensador Actualizado Con Las Cosas del Mundo.* Verificó el reloj y sonrió al ver entrar en la sala a una de sus lectoras, una adolescente de 15 años, lectora de Nietzsche, y que recitaba pasajes completos de *Así habló Zaratustra.* Carla sacudió el paraguas, sonrió y le extendió la mano al escritor. Hablaron sobre cosas comunes, sobre el clima y sobre el libro. Gregório usó la tapa del bolígrafo para rasgar chapuceramente la cinta que ataba la caja y sacó de ella un ejemplar robusto que entregó a la adolescente. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, tal vez por el frío de sus pies mojados, tal vez por la visión de unos senos jóvenes que abultaban por debajo de una blusa blanca cuando rozó, ligeramente, aquel brazo de chica, que sólo llevaba una chaqueta por encima. Conversaron un poco sobre la obra, Carla estaba muy interesada ojeando la portada, la contraportada.

Tiempo para que llegaran tres invitados más: Hamilton era un hombre que aparentaba unos 40 años y que era simplemente transparente en un juego de Caja Económica Federal, la Quiniela. Nunca había ganado un buen premio, el día que acertó los 14 puntos, no se enteró del hecho, ya que el reparto era insignificante. Cuando Corinthians gana de XV al Piracicaba, el Flamengo de Vuelta Redonda, al Grêmio del Inter de Santa Maria, el Goiás de Anapolina al Atlético Mineiro de Guarani de Divinópolis, bien, el premio no da para mucho. Dio mal para cubrir el valor de la apuesta. Pero Hamilton continuaba, enumerando algunas cebras, a la espera de ganar su primer millón. Hombre simple, decía que se jubilaría con un rendimiento básico en la cuenta de ahorros. Su presencia en el evento, ya que no leía nada que no fuese fútbol, se justificaba por el hecho de vender anuncios para el periódico del barrio donde Gregório escribía. Él lo conoció por casualidad, una vez que negociaron un espacio publicitario para la publicación de la obra. Estaba allí por la política post venta.

Juliana llegó un poco mojada. Había conocido a Gregório por medio de una columna en la que el autor trató de cuidados con los animales. Vegana, naturista y férrea defensora de los animales, Juliana se emocionaba cada vez que se encontraba un perro en la calle y, en su mochila, cargaba siempre de dos a tres kilos de pienso. Con esa preocupación, saludó a los presentes, bajó la mochila, la abrió y comprobó si el pienso estaba intacto. Lo estaba. Se dirigió hasta Gregório y le preguntó si tenía algún texto más sobre animales en su libro. El autor respondió que sí y le entregó un ejemplar. Juliana se sentó y lo comenzó a ojear.

Luisa llegó seca, con un móvil en la mano y super concentrada en el intercambio de mensajes y publicaciones. Era difícil para ella desconectarse del mundo virtual, todavía más ya que sabía inglés y, de forma virtual, intercambiaba conocimientos con australianos, canadienses, norteamericanos, ingleses y afines. Dormía con el móvil encendido, recibía mensajes toda la noche y, seguía compartiendo, publicando, comentando y viviendo. Se nutría por el móvil. Gregório la conoció cuando dio clases en un curso. Cuando el escritor le entregó un ejemplar, ella enseguida preguntó:

— ¿Su libro está en plataforma digital?

Cuando Gregório respondió no, ella insistió:

— ¿Podría pasarme la versión en pdf?

Gregório prometió enviarle el archivo mientras movía algunas sillas alrededor de una mesa. Distribuyó algunos libros y observó a Hamilton, que casi se comía con los ojos a Luisa. Juliana mantenía conversación con Carla, y ambas comentaron el hecho de haber abrazado Nietzsche a un caballo que estaba siendo azotado. Juliana, que nunca había oído hablar del filósofo alemán, se enamoró enseguida de él. Carla fue interrumpida por el grito extravagante de su madre que llegó provocando. La mujer rica, llevaba un *tailleur* y accesorios extravagantes. Cuarentona, pero nítidamente deseando ser más joven, no entendía bien lo que significaba la filosofía, la cultura ni el arte. Sólo entendía la ciencia de las apariencias y, cuando fue fotografiada por una revista ejecutiva en una fiesta de sofisticados y famosos en el Club del Automóvil de BH, se sintió valorada, el evento solamente fue superado cuando fue a Miami a hacer unas compras y comentar con unas amigas. Abrazó inesperadamente al escritor, y le besó en las mejillas para el bochorno de su hija. Jurema era el nombre de aquella mujer rica, que, después de invertir largo tiempo en registros y burocracias, se lo cambió por Brigitte. Según ella, Jurema le daba vergüenza.

La atención de todos fue llamada por la entrada de dos mujeres que lloraban abrazadas. Gregório había tenido el (des) agrado de conocer a ambas: una se lamentaba día y noche por la pérdida de su madre, ejercía la culpa de forma atroz y decía que no había tenido tiempo para aclarar algunas cosas con su madre. Quedó registrado en la conversación que tuvo con Gregório frases como estas: ‘’ ¡Y yo no tuve la oportunidad de decir cuanto la amaba!’’; ‘’ ¡Y ella murió sola en un cuarto de hospital, respirando malamente!’’; ‘’ ¡Ah, si pudiese volver atrás en el tiempo!’’. Y el show de lamentaciones iba aumentando. Había leído un artículo de Gregório que intencionadamente, fue de autoayuda para poner a prueba a sus destinatarios. Fue suficiente para que Andreia enviara varios e-mails al autor pidiendo consejos sobre que hacer y que no hacer. Deborah, la otra llorona, con un pañuelo sobre la cabeza, símbolo de su lucha contra el cáncer, debidamente registrado en un diario en Facebook, donde respondía a cuestiones de autoayuda y superación. Gregório, medio abochornado, se dirigió a las dos. Acarició la espalda de ambas, Andreia se apoyó en su pecho y le dejó toda la camisa llena de mocos, intentó disfrazarlo, pasando rápidamente la palma de su mano por la corbata y se limpió en los pantalones, de forma discreta. Las consoló rápidamente. Luisa hacía fotos a la pancarta, al libro expuesto, a dos personas allí presentes, varios selfis, y lo publicaba en Internet. Juliana se aproximó a Deborah y la invitó a sentarse. La rueda ya estaba casi montada, cuando Gregório pidió un vaso de agua para comenzar la presentación, fue sorprendido con la entrada de tres invitados más.

Arthur era un joven de veintidós años, ávido lector de clásicos de la literatura, tales como Victor Hugo, Balzac, Stendhal, Proust y Thomas Mann. Decía que su abuelo le había puesto su nombre en homenaje al gran Rimbaud y, si nombre y destino mantenían un vínculo, Arthur era la prueba viva de eso. Traía en las manos un libro de Mario Vargas Llosa, *Conversación en la Catedral.* Conoció a Gregório también en la clase de Redacción, y el profesor se maravilló inmediatamente con su talento en forma de especie en extinción. Después entró Chris, gay aceptado y perteneciente al movimiento de conciencia negra, ideólogo y limítrofe exactamente por causa de ese activismo. Veía discriminación y persecución en todo y mantenía con el escritor enfrentamientos acalorados sobre artículos que deberían ser escritos a favor de los gais y negros. Gregório escribió algunos, pero no usaba la militancia como tema de sus textos, declarándose más un filósofo que un ideólogo. Chris, abreviación de Cristiano, tenía unos 30 años y recibió miradas discriminatorias de Hamilton. En ese grupo de invitados, llegó Márcia, activista feminista y homosexual aceptada, que inmediatamente comenzó a mirar a Carla, Juliana y Luisa.

Antes de que todos perdieran la concentración, Gregório comenzó su charla, agradeciendo la presencia de todos, a pesar del diluvio que caía en la capital y ansioso por hablar un poco de su nuevo trabajo. Comenzó:

— El título de este libro es muy subjetivo. Yo lo pensé como una propuesta de diálogo amplio, por eso, *Provocaciones Filosóficas De Un Pensador Actualizado Con Las Cosas del Mundo*. – Los pocos presentes se alternaban entre ojear el libro y mirar al orador. Menos Hamilton, que, en posesión de un bolígrafo, marcaba un juego de lotería con el ceño fruncido. Luísa, aunque no había sido contratada como asesora de imprenta, ya había tirado y publicado ciento cincuenta fotos del evento.

– Es necesario provocar a un mundo que está en ruinas. Pensar el mundo. Pensar en las cosas no sólo como el hecho de acordarnos que tendremos que trabajar mañana, comer mañana, acostarnos mañana. Pensar sobre las cosas, reflexionar sobre nuestra existencia, buscar el sentido para la vida. Y, siendo interactivo, les propongo una conversación. Quiero oír de ustedes, ¿cuál es el sentido de la vida? Comenzando de la derecha hacia la izquierda. ¿Juliana?

— Defender los animales indefensos – respondió.

Gregório anotó, y los interlocutores comenzaron:

— Hacer compras, viajar al exterior y las cirugías plásticas, ¡muchas cirugías plásticas! exclamó – Jurema-Brigitte, lo que generó una carcajada en los presentes. Menos Carla que, abochornada respondió:

— El sentido de la vida es algo muy amplio. No da para delimitar en una simple respuesta. Como afirmaba Nietzsche en *Así habló Zaratustra:* ‘’! ¡Sin embargo, la única cosa pesada para el hombre es llevar al propio hombre! Que arrastra sobre los hombros demasiadas cosas extrañas. Como el camello, se arrodilla y se deja cargar. Especialmente el hombre fuerte, resistente, lleno de veneración: ese carga sobre sus hombros demasiadas palabras, valores extraños y pesados; ahora la vida le parece un desierto’’ – se había entusiasmado hasta tal punto, que, en la parte final, ya estaba de pie recitando. Luísa tiró unas diez fotos. Los presentes aplaudieron, Jurema-Brigitte aplaudía poniendo cara extraña.

Era el turno de Hamilton, que, a su vez, lo pasó. Estaba reflexionando sobre el juego 7, entre CRB de Alagosas y ASA de Arapiraca. Lo disfrazó, diciendo que era tímido. Arthur se dirigió primeramente a Carla y después a los demás:

— Fantástica cita literaria. ¡Qué contenido! Es lo que yo digo: el mundo no está perdido. Afirmo que acabas de alegrarme la noche. Discúlpeme profesor – dirigiéndose a Gregório – pero el hecho de haber oído eso ahora y de una adolescente, me ha alegrado la noche.

Carla intervino, afirmando que la edad no significaba gran cosa y que disculpaba a Arthur por el hecho del epíteto adolescente, pero que no le gustaría ser calificada como tal. Ambos se entendieron. Al seguir, Deborah habló:

— Muy oportuna su pregunta, escritor. Hallé sentido a la vida a partir del momento en el que tuve que someterme a una quimioterapia. Mi pelo se cayó. El tratamiento es brutal. Hoy mismo publiqué en Facebook el diario de mi lucha y emocioné a muchas personas. Conseguí 67 me gusta, 12 comentarios de solidaridad y 7 compartieron mi publicación, que a su vez generaron otros tantos me gusta, comentarios, y otros tantos lo siguieron compartiendo. Soy una luchadora. Una ganadora. Amo mi vida, los animales y las plantas. Amo a Dios, que puso eso en mi vida con un propósito claro. Ese es el sentido de mi vida. Y estoy en una lucha de información para que las personas sepan lo que causa el cáncer. Los refrescos causan cáncer. Las bebidas alcohólicas también. El edulcorante causa cáncer. Las legumbres llenas de agro toxinas causan cáncer. Los cigarrillos causan cáncer. La depresión y el resentimiento causa cáncer. Las frituras causan cáncer. Y podría informar aquí de un millón de cosas más que causan cáncer. – Luísa grabó esa parte, lo publicó y, mientras el video se bajaba, escuchó a Chris:

— El sentido de la vida para mí es descubrir la propia sexualidad. Descubrir nuestros deseos y tener una visión clara de ellos. Asumir posiciones, aun siendo víctima de discriminaciones de todo tipo. Asumo que soy gay y negro. – El hecho de ser negro es obvio, ser gay también.

Gregório dio la palabra a Andreia, que se lamentó:

— Usted que es un fisólogo (sic)… figóso (sic)… – se equivocó llorando.

Gregório intervino:

— Filósofo.

Los presentes continuaron riendo. La llorona, mejor dicho, Andreia, continuó:

— Ella murió sin que yo hubiera tenido la oportunidad de decirle cuanto la amaba. Sufro hasta hoy. Sueño con mi madre. Pobrecita, fallo múltiple de órganos y tumbada en aquella cama de hospital. Hospital público. ¿Cómo pagar una cama en un hospital privado de dos mil reales? Murió sin aire, la pobrecita de mi madre. Abandonada en una cama de hospital. ¡Qué lástima! – dirigiéndose exclusivamente a Gregório – usted que es una persona de esas que usted habló, disculpa, pero no se si hablar, pero al ser una persona inteligente, respóndame por favor, algo que me haga salir de este sufrimiento. Por favor…

Gregório saliendo por la tangente, dijo que en el libro había una crónica que trataba exactamente del luto por la pérdida de su madre con el simple título de *Hospital*. Meneó la cabeza hacia Márcia, con pelo corto y piercing en la ceja. La activista comenzó:

— Sentido es todo eso que nos falta hoy en día. Estoy de acuerdo con el chico gay que habló muy bien. Somos discriminados. Somos víctimas de un sistema machista que nos oprime todo el tiempo. Sólo para proporcionar un dato, la población brasileña está formada por un cincuenta y dos por ciento de mujeres, pero en la política, por ejemplo, la mujer no ocupa ni el diez por ciento de los cargos. Eso sin hablar de la diferencia salarial existente entre cargos de una misma competencia. Y sin hablar del trabajo que la mujer hace en casa, lavando la ropa del marido, de los hijos, etc.

Jurema-Brigitte señaló:

— ¿Usted no tiene lavadora en casa? Mire, cuando salgo dejo a mi empleada a cargo de esas tareas y…

— Madre – interrumpió la hija – ella está hablando en términos generales. No opines de momento, por favor.

Antes que la cosa desembocase en una charla improductiva, Gregório intervino, pero fue sorprendido con la llegada de dos chicos acaramelados. Literalmente. Un muchacho con traje y bufanda que, cerrando un paraguas, saludó a todos y se disculpó por el atraso, afirmaba tener puntualidad británica, pero que la lluvia y a falta de un buen transporte público en BH (bien diferente de lo que ocurre en Paris, Madrid, Londres) hizo que se atrasara. Se sentó. Se llamaba Nicodemos, apodado Nico. El otro era un muchacho introvertido, con gafas de culo de botella, filósofo de formación y que vivía sustentado por la paga de su madre. No quería venderse al sistema y calculaba cada palabra antes de someter su tratado de filosofía a editoriales afines. Era medio lunático, pero íntegro. Se llamaba Joel y conoció a Gregório en un simposio de filosofía en la UFMG

Ambos nada más llegar fueron invitados a hablar sobre el sentido de la vida. Nico fue el primero:

— Discúlpenme una vez mas por el atraso. La lluvia… Esa falta de transporte decente en Brasil. Ustedes necesitan ver en Francia: si el autobús esta marcado para salir a las 10:24, ¡adivinen! 10:24 y el transporte llega, y ni es el punto de partida. Estamos muy atrasados con relación a Europa…

— El sentido de la vida… – interrumpió Gregório.

— El sentido de la vida. El sentido de la vida es exactamente la falta de sentido en la vida.

Carla resopló. Juliana se encogió de hombros. Hamilton frunció el ceño reflexivo sobre la marcación del juego entre Botafogo de Paraíba X Central de Caruaru. Luísa tomó fotos de Nico y publicó un video clamoroso (aunque nada glamuroso) de Deborah. Fue ahora el turno de Joel:

— También comienzo pidiendo disculpas por el atraso. Pensé que la presentación comenzaba a las ocho y media. Bien, sentido posee en sí varios significados, y, a la luz de la filosofía, puede significar una serie de cosas, variando de filósofo para filósofo. ¿Podría especificar, profesor?

— Que significa sentido para usted… ¿Cuál es el sentido de la vida?

La conversación continuó fluida toda la velada. Indagaciones. Cuestiones. Dudas. Llantos. Resignaciones. Gregório comenzó a sentir un cosquilleo en los pies, bebió una copa de vino y fue avisado por la seguridad del Palacio que ya era la hora de cerrar. La trabajadora de la caja registradora casi estaba ya dormida. Gregório dio la velada por concluida, invitó a todos a adquirir su libro y consiguió una venta espectacular: dos ejemplares autografiados: uno para Carla, (que compró Jurema-Brigitte), y otro para Arthur. Joel se disculpó por no comprarlo.

Se despidieron. Gregório enrolló el póster, juntó nuevamente los libros en la caja, llamo a un taxi y se fue.

**Capítulo 2**

**El Beso**

Carla terminó de leer todo el libro de Gregório esa misma noche, a las 4 de la mañana. Reflexionó mucho sobre el artículo *Suicidio. ¿Alternativa?*

**En el ensayo *Lo Absurdo y el Suicidio*, el franco argelino Albert Camus (1913-1960) escribe sobre el suicidio. A pesar de la negación en la etiqueta de filósofo existencialista (considerado únicamente como un escritor de lo absurdo), Camus fue verdaderamente un psicólogo del alma, por abordar la existencia humana de forma tan cruda y desnuda. En eso se asemejaba, en teoría, a otro existencialista, Jean-Paul Sartre (1905-1980), para el cual, la existencia precedía a la esencia.**

**Trato aquí la cuestión del suicidio, pues es práctica común en nuestro día a día. Ya es sabido que la depresión es la enfermedad del siglo XXI; vinculándose una cosa a la otra, la relación intrínseca es incuestionable, todavía más cuando el consumismo desenfrenado y las utopías nos dejaron huérfanos (no sólo en los bienes de consumo en sí, sino también en las propias relaciones interpersonales, o sea, en ese mundo de espiritualidad vacío, donde lo que la mayoría de personas creen, que creer no es algo para creerse de verdad). Sobra apenas el individuo y su propio espejo: ‘’ ¿Quién soy?’’; ‘’ ¿Cuál es mi papel existencial en el mundo?’’; ‘’ ¿Cuál es el significado de mis relaciones afectivas y profesionales?’’. Y se suman preguntas que, si el individuo fuera valiente podría hacerlas y dejarlo en una encrucijada existencial.**

**Por convención y comodidad, muchas familias escamotean el motivo de la partida de un ser querido. Y hasta hacen bien, pues la privacidad es algo que debe existir en el seno familiar. Por ser considerado tabú, el suicidio es tratado sólo cuando el gesto es demasiado dramático. Ahora, afrontémoslo: si el individuo simplemente abdica de un tratamiento de quimioterapia, recusa a tomar otros tipos de medicamentos e ignora cualquier alternativa, ¿no estará haciendo una elección consciente? Obvio que sí.**

**Terminando, siempre bromeo y en eso parezco concordar con Camus: es un cliché hablar de que, si un individuo optó por el suicidio, es porque no encontraba mas significado y sentido para su vida. Pura estafa: el acto de matarse es derivado de la comprensión total de lo que significa la vida. Con este texto aludo a la necesidad de pensar más sobre una ocurrencia tan habitual en nuestro cotidiano. Sin querer rotularme tampoco, mis puntos de vista son extremadamente existenciales: pienso en el mundo de aquí y ahora (y por tanto es necesario refutar cualquier metafísica barata y creencia vacía) y la proximidad de la muerte es algo que me hace ejercer el derecho a la vida todo el tiempo. La vida no es un ensayo de una gran obra teatral (reniego cualquier idea de post muerte), pero, antes, el propio teatro: algunas veces comedia, otras veces tragedia, pero extremadamente divertido. A los valientes, os indico los libros de Albert Camus: todos ellos, por la excelencia de sus construcciones literarias y de vida. Son imperdibles las obras *El extranjero, El Mito de Sísifo, La Peste, Nupcias, El Verano, El Hombre Rebotado, La Caída, El primer Hombre* de entre tantos*.***

A la mañana siguiente, Gregório llegó al colegio para dar tres clases de Redacción. Antes del segundo horario, fue buscado por Carla, que quería conversar un poco. Acordaron verse en el intervalo. Gregório sólo pasó por la sala de los profesores, bebió una taza de café mientras sus colegas se disculpaban por su ausencia en el evento. Los motivos no faltaron: la fuerte lluvia (‘’ ¿Tuviste una presentación?’’ preguntó una), el hijo tenía fiebre, visita de parientes, despistes, etc. Gregório comentó que estaba vendiendo el libro, a lo que todos salieron por la tangente, ellos que proclamaban que la lectura era importante para nuestra vida, pero, por lo que parecía, los libros del colega profesor no lo eran. Se despidió y fue a ver a Carla, parecía ansiosa. Se saludaron y Gregório indicó un banco para sentarse, entre el tumulto del vaivén de los alumnos. Carla comenzó:

— Leí tu libro ayer mismo. Tiene discusiones muy buenas. Me gustó el articulo sobre adolescentes incomprendidos. Fuiste muy bueno en el análisis.

— ¡Qué bien que le gustó!

— No es Nietzsche, pero así mismo, propusiste algo novedoso. Atrevido.

— ¡Qué bien! – Gregório sonrió y se sintió recompensado por la publicación.

— No es que yo sea adolescente. Me entiendes, ¿no?

— Sí, la entiendo.

— Hay algo que me gustaría decirte. No se si debo. – agachó la cabeza y tímidamente volvió –, es sobre el suicidio que relataste. He tenido algunas crisis existenciales y no fue sólo una noche la que pensé en acabar con mi vida, fueron varias. No quiero consejos de autoayudas, soy fuerte para aguantar el golpe, pero respóndame: ¿Cómo es tener tu edad? ¿Cómo fue para ti haber hecho ese viaje? ¿Dudas? ¿Miedo? ¿Cómo consigues soportar todo eso?

Gregório sintió ganas de abrazarla, pero no sería adecuado. Algo incomodado, trató de aparentar normalidad, la tocó apenas en el brazo, para que ella volviese a mirarle:

— ¡Carla, por Dios! Eres una alumna brillante. Una lectora de Nietzsche como pocos. ¡Una chica guapa! ¿Qué vacío es ese?

— Vacío. Vacío. Sólo siento el vacío.

— ¿Algún trauma? – discúlpame por preguntar.

Carla miró a su interlocutor y continuó:

— Sufro por tener una madre estúpida. Perdóneme por hablar así, no la odio, sólo pienso que es estúpida. Invade mi armario e insiste en usar mi ropa. Dona algunas de mis ropas a la beneficencia, se encaprichó en tirar mis All Star sólo por el hecho de estar sucias. Se pasa horas en internet aparentando ser una chica y disfraza el peso de la edad con cirugías plásticas, cremas antiarrugas y otras mierdas. Vive para viajar al extranjero, a base de *city tour*, visita las mismas mierdas de siempre, la semana pasada me contó que, en Buenos Aires, visitó el túmulo de Eva Perón, el Café Tortoni, El Caminito, la Casa Rosada y Puerto Madero. Nada que huya del script. No anduvo a pie en ningún momento. Es tanta su inutilidad que llega a darme asco.

El asunto era serio, pero a Gregório le entraron ganas de reír aunque se controló. Recordó que había escrito artículos y más artículos sobre la superioridad de la clase media. Argumentó:

— Carla, si me permites… ¿y su padre?

— ¿Quién consigue convivir con una mujer tan estúpida? El pobrecillo pidió el divorcio. Eso hace ya unos ocho años. Vive en São Paulo y trabaja como ingeniero allí.

— ¿Algún contacto con él?

— Poco, él me busca en el día de mi cumpleaños y yo le llamo en el día del padre. Muy formal. Pero nos queremos, siento que nos queremos, tal vez la distancia ayude en eso.

— ¡Entiendo! ¿Y por qué intentas completar el vacío vislumbrando apenas en esas relaciones familiares? Ya me dijiste que eres hija única…

— Es que tengo dificultades para integrarme. Soy antisocial, casi como Nietzsche. Intenté tener amigas de mi clase y edad, pero es todo la misma mierda de siempre. Cuando tuve el desagrado de visitar algunas de sus casas, vi la misma pose, falsedad y gente inútil. Todo es una mierda.

— ¿Y chicos? ¿Tienes novio?

— No.

— ¿Novia? – se burló.

— ¡No! – ella rio y Gregório percibió que por lo menos había suavizado la conversación.

— Mira a Márcia, aquella feminista que ayer fue al evento, se quedó mirándote…

—¡Para Gregório! ¡Vamos a hablar serio, por favor!

— De acuerdo. Continúe.

— No es pedirte consejo. Lo juro. Pero ¿cómo es tener tu edad? ¿Cómo pasó y llegó hasta aquí? ¿Te sientes frustrado? ¿Incomprendido? ¿Enfadado?

Gregório reflexionó y sintió también un vacío de sentimientos ocultos. ¿Qué había hecho él en todos estos años? Se acordó de la película *American Beauty* y del personaje de 42 años interpretado por Kevin Spacey. Decidió aconsejarle la película como forma de alegoría. Carla le preguntó si era fácil de hallar; él respondió que sí y se sintió avergonzado por el hecho de no haber reflexionado verdaderamente sobre su vida en esos 40 años. Pero no quería pensar más en ese ambiente; el suicida en potencia allí no era él, al poco se sintió responsable por al menos no haberle dado algunos consejos y opiniones para disuadirla de ese intento. Carla parecía acosar al profesor y volvió a insistir:

— ¿Te sientes frustrado? ¿Furioso con la vida?

— Claro que sí. Esa carencia pertenece al ser humano. No me centro mucho sobre mis propias cosas, porque algunas veces me alieno. Normal, pienso yo.

— Acabas de contradecirte. – Sacó *Pruebas Filosóficas De Un Pensador Actualizado Con Las Cosas Del Mundo* de la maleta y lo sacudió mientras continuaba –: aquí pareces tener las respuestas correctas para todo y para todas las personas. Se que no quisiste escribir esa porquería de autoayuda, pero me pareció seguro y directo en las preguntas.

Gregório intentó retomar el hilo de la conversación; fue interrumpido por el timbre para volver a las clases. No él, que tenía libre, pero sí Carla, que no parecía resignada a soltar el hueso. Gregório enfrentó la situación: estimularía a la alumna a saltarse la clase, por lo menos sería mejor que saltar desde una ventana. Respondió:

— Carla, son cuestiones complicadas. Para todos nosotros. Tenemos nuestros propios demonios para domarlos y tú sabes muy bien de eso. Nietzsche, por ejemplo, era un escritor brillante, metafórico, iluminado, sagaz, duro, pero era un fiasco en las relaciones amorosas y personales. Lo sabes.

Una persona de la dirección del colegio señaló el reloj para ambos, Gregório intervino y afirmó que estaban conversando sobre la materia y que se responsabilizaba por la ausencia de ella en la siguiente clase. La funcionaria, medio avergonzada, se disculpó. Poco a poco, reinó el silencio y Carla respondió:

— Sí, tienes razón. ¡Nietzsche era el mejor! Contradicciones. Es lo que dices.

— Sí, es eso.

— Pero ahí en mi caso, la pregunta es la siguiente: ¿Qué hago para completar el vacío que existe en mí? Sabes, Gregório, es una angustia que llega a doler en el pecho, es una sensación muy mala.

— No sé, dedíquese a un proyecto.

— ¿Quiere que sea una activista lésbica como Márcia, o una activista como la chica de ayer, defensora de los animales? ¿Cómo era su nombre?

— Juliana.

— Juliana. Eso. ¿Quieres que me dedique a un proyecto? ¿Me recomiendas alguno?

Gregório sabía lo complicado que era entender la cabeza de un adolescente, aunque Carla no fuera el perfil típico. Se mostró un poco impaciente y nervioso, intentó disimular y respondió:

— ¡Joder Carla! Disculpa mi lenguaje, pero Carla, matarse no es señal de nada. Es el vacío. Entonces sí, será la nada. La nada eterna. Ausentarse de la vida y de las posibilidades. No subirás la montaña indicada por Zaratustra. No recorrerás su camino. Perdóname por decirte, pero es una cobardía de la ostia. Respeto sus voluntades. Menos esa. Hombre, matarse no va a resolver nada – agarró el brazo de la alumna y, sin querer, la pellizcó.

Carla al sentirlo miró hacia él y respondió:

— Sé que estoy malgastando tu tiempo. Déjalo. No me voy a suicidar. Por lo menos hasta ver la película que me recomendaste. – sonrió y bajó nuevamente sus ojos.

— No estás malgastando mi tiempo. Me gusta charlar con personas que me desafían.

— ¿Te gusta?

— Creo que sí ­­– soltó una carcajada.

Ambos rieron. Carla preguntó:

— ¿Alguien te llama Greg?

— Que yo me acuerde, no.

— ¿Puedo comenzar a llamarte Greg?

— Sí, puedes.

— ¿Vas a querer hablar conmigo ahora, sabiendo que soy una suicida en potencia?

— No eres una suicida. Te respeto y puedes tener la seguridad que respetaré tus decisiones, pero eso no. Por lo menos no antes de leer, meditar y comentar algunas obras que pretendo pasarte. ¿Lo juras? – intentó parecer alegre.

— Lo juro. Pero no quiero que te sientas responsable de mí. Sólo necesito tu inteligencia. Necesito que te destapes como hombre y me respondas un día lo que hiciste en estos últimos 25 años. Hombre, tiene que haber un abismo dentro de ti.

— ¿Tú crees?

— Sí, Greg, lo creo. Eres demasiado formal, quieres distancia, exiges espacio. Perdóname por insistir, pero eres demasiado inteligente para necesitar de una psicóloga o algunos de esos profesionales que aparecen en la televisión a la hora de la comida para dar consejos idiotas a las personas. Te propongo un desafío. ¿Aceptas?

‘’Esa era buena. Estoy siendo desafiado por una suicida en potencia, a pesar de que no crea en eso, y el hecho es que parece que soy yo el que está siendo ayudado en esta conversación. Ahora me acuerdo del libro *Cuando Nietzsche lloró*. De repente no me acuerdo de mi vida, y en los últimos años, me he olvidado de acontecimientos importantes de mi existencia’’.

— Acepto.

— Quiero que practiques el ‘’conócete a ti mismo’’. Me ayudarás indicándome obras, y yo te ayudaré en la búsqueda de tus propias respuestas. Pero no necesitas decirme nada. No tengo curiosidad morbosa, habla conmigo sólo cuando sea necesario.

— ¡Perfecto!

— Como no pretendo extender lazos ni puentes, quiero decirte que fijaremos nuestra relación de complicidad sin exigencias tontas. Cuando uno quiera, que busque al otro. ¿Puedo anotar tu teléfono? – ella sacó su móvil de la mochila, lo encendió y escribió el número indicado. – Ah, y quiero hacer una observación. ¡Eres muy aburrido!

— ¿Cómo así?

— Pareces no perder el control. Nunca. Siempre demasiado seguro.

— Te estás engañando.

— Ah, ¿sí?

— Sí.

— Dame una prueba.

— ¿Qué prueba?

— Quiero que me beses en la boca, aquí, en este patio.

Gregório rio, vaciló, volvió a reír, y le dijo:

— No tengo la más mínima intención de besarte.

— ¿Ves?

— ¿El qué?

— ¡Eres un aburrido! ¡Demasiado seguro!

— ¡Eso es una locura! ¡Nunca pensé en besarte! – un bulto comenzó a crecer en los pantalones del profesor, que disimuló.

— Atrévete

— ¿Atreverme a qué?

— A hacer algo nuevo. Demuéstramelo.

— Mira Carla, besarte está fuera de contexto.

— Me voy a matar por culpa de eso – puso mala cara.

— ¡Habla en serio Carla! Volvamos a hablar de filosofía, redacción y vamos a cuidar nuestra amistad.

— Amistad es desafiar al otro. Ahora en serio: ¡quiero que me beses!

— ‘’el hombre es una cuerda tendida entre la bestia y el superhombre: una cuerda sobre el abismo’’, ya lo decía Nietzsche.

— ¡Excelente cita profesor! Ahora dé un paso más. Bésame. No tiene por qué ser un beso apasionado. Un pico, aunque sea.

— Eso no va a suceder.

— Tengo un desafío para ti. Si no me besas, voy a comenzar a gritar aquí mismo. Que me estás acosando. Todos vendrán del patio y le darán una paliza al profesor pedófilo.

— ¡Habla en serio!

— ¡Lo digo en serio! Quiero un pico, sólo pido eso.

— Carla, como ya te dije, ve *American Beauty.* Después hablaremos. Tengo que salir para resolver algunas cosas – se levantó y percibió que la alumna se había levantado también, tenía abiertos los brazos y la boca completamente, como quien fuese a gritar.

Rápido, inesperado, insano, irresponsable, perdido, Greg la abrazó y le soltó un beso en la boca, que cerró al mismo tiempo de sentir los húmedos labios de Greg pegados a los suyos. La apretó con tanta fuerza, que la hizo gemir. Los últimos segundos hicieron que el pene de Gregório se endureciese con el contacto de la piel de la joven. La separó de él, y la vio sonrojarse, ruborizándose él también. Otro funcionario vio la escena y se quedó estupefacto. ‘’¡Estoy jodido!’’ pensó Gregório.

Se separaron un poco más y Carla se recompuso:

— Greg, te pedí un pico. Me has dado un beso de verdad.

— Perdóname, perdí el control.

— ¿Y eso qué significa?

— ¿El qué?

— ¿Es bueno?

— No lo sé. Mira Carla, no me compliques por favor. Necesito este trabajo.

— Sí, sé que lo necesitas. No quiero estropear nuestra amistad. Hice una prueba. Sólo eso. No me voy a apasionar de ti. Despreocúpate. Y no pienses que lo que ocurrió tuvo algúnsignificado para mí, hice una prueba para que sintieras el descontrol. Noté su corazón latir fuertemente. Noté sus manos sudorosas. Note su desequilibrio. Y si me lo permites, noté su pene endurecerse.

— Sí. ¿Y eso qué demuestra?

— Que ahora puedo confiar en ti. Fue la seguridad que necesitaba. Fuiste más allá del hombre que tanto hablaba Nietzsche. La idea del superhombre. Me gustó ese desequilibrio, y ahora, confiaremos el uno en el otro.

Lazos de amistad firmados en lo imprevisible. Gregório sintió que la complejidad existencial de Carla no la haría matarse en aquellos días, a pesar de la mirada desconcertante y las burlas con las cosas cotidianas. Estaba en un mundo aparte, en un mundo completado por las páginas y e ideas de un filósofo alemán, que había marcado el pensamiento mundial con sus pensamientos desconcertantes. ¡Desconcertante! De ese modo veía Gregório a Carla, la sentía en toda su complejidad y, de cierto modo, se acordó de lo que había hecho en sus últimos 25 años. Una vida adulta de equilibrios, reglas, moderaciones. Una vida epicúrea. Una vida monótona y sin gracia. De cualquier modo, fue una experiencia sin propósito aquel encuentro y aquel beso.

— Ahora me tengo que ir.

— Vale Greg. Gracias por la charla. Me gustó muchísimo. Más que leer tu libro, que también es bueno. ¡Enhorabuena!

Se despidieron y, mientras Carla se dirigía a clase, Gregório fue informado que la dirección de la escuela quería verle. Se quedó helado de pies a cabeza. ¡Estaba jodido! Esperó en la sala de espera, haciendo conjeturas, inventando alguna escusa, intentando no comprometer a Carla e intentando prevenir el tono de la conversación. Esperó por unos veinte minutos, una eternidad para una mente culpada. Se acordó de que los antiguos griegos no cultivaban la culpa en sus gestos y actitudes. Eso hace 2.500 años. Pero no allí. No con él. Pensó si sería un despido procedente, pensó si perdería los beneficios y como haría para conseguir otro empleo. ¿Su nombre quedaría manchado en la ciudad? ¡Mierda! Todo es por culpa de un beso irresponsable y el hecho de haber sido manipulado por una mocosa de 15 años. ¡Que mierda de filósofo soy! Perdiendo la razón, la cabeza y el empleo por cuenta de un gesto impensado. ¡Pánico! Estaba sufriendo una crisis de pánico, en aquel momento exacto. Hacía cuentas mentales, alquiler, alimentación, los plazos de la TV de 55 pulgadas, agua, luz, gastos de comunidad, la intención de pagar un puesto para la Bienal del libro de Rio de Janeiro se había ido a la mierda y estaba removiendo cada pensamiento cuando la puerta se abrió y fue invitado a sentarse.

La directora señaló la silla del visitante, volvió a la suya, se sentó con gestos leves y observó a su invitado, con una voz pausada y concentrada:

— Bueno, bueno, bueno. Señor Gregório Mendes, ¿está contento trabajando aquí?

— Claro. Me gusta mucho la escuela. La dirección, los colegas, los alumnos y los funcionarios.

La voz de la directora era pausada y en aquel momento, Gregório pensó si ella misma estaba jugando tal y como el gato hace con el ratón, divirtiéndose a sus espaldas. Intentó adivinar sus intenciones, pero fue en vano.

— ¡Tanto tiempo y todavía no conocemos a nuestros funcionarios! – suspiró

‘’ ¡Mierda! ¡Lo sabe! ¡Qué agonía! ¿Por qué no va ya directamente al tema y me manda a recursos humanos?

— El tiempo pasa rápido para todo el mundo – la frase sonó obvia, como siempre ocurre en estas ocasiones.

La directora, cual gata, lanzaba al profesor hacia arriba. Acostumbrada a los mejores comidas y patés, la carne inmunda de un ratón no era parte de su menú.

— El tiempo pasa rápido, ¿no es así Gregório Mendes? – escupió las palabras y sonrió enigmática. ¿Me quieres decir lo que andas tramando?

‘’ ¿Tramando? ¡Jodida gata! Por qué no me había matado antes, no aguanto más tanta presión. Demasiada maldad. ¡Y todo por culpa de un puto beso!’’

— Las mismas cosas de siempre, directora.

Ella abrió un cajón, cogió una hoja de dentro, la leyó y continuó:

— ¿Me lo quieres decir de tu propia boca?

— ¿El qué?

— Lo que estás haciendo. Y nosotros aquí sin saber nada, por lo menos es lo que debes estar pensando.

— ¿Podría ir directa al grano? – se recompuso en la silla, incomodado.

— ¿Eres una persona tímida Gregório?

Otra recompostura en la silla. La angustia haría a Sartre escribir dos tratados más. Con tono áspero:

— ¿A qué se refiere la señora?

— Entonces, ¿el señor publica un libro y no dice nada? Me enteré a través de mis funcionarios y me di cuenta que realmente había una celebración en la sala de los profesores. Quiero un ejemplar autografiado.

Gregório se derrumbó en la silla, sonrió, se relajó, rio nuevamente y dijo que le recompensaría con un ejemplar. La directora gata que jugaba con el ratón (y él era un ratón, por lo menos así se sentía en aquel momento, pues solamente un ratón despreciable besaba a una ratita en el patio de la escuela) lo rechazó, dijo que deseaba comprar un ejemplar y que sólo exigía un autógrafo. Prometió recomendarlo a otras sedes de la escuela y ¿quién sabe si el colegio podría recomendarlo como lectura sugerida? Gregório, más ético que un kantiano, dijo que no se sentía a gusto para legislar en propia causa, pero que agradecía desde ya el apoyo, fue en busca del libro que estaba en la taquilla de la sala de profesores para autografiárselo a la directora, gata que juega con el ratón. Encontró dos ejemplares, volvió a la sala, le autografió uno a la directora y otro a la escuela. Se despidieron y la directora afirmó que se sentía muy feliz con el rendimiento de su profesor.

Después de tantas emociones, y tan intensas, Gregório, ya más tranquilo salió de la escuela, se montó en el autobús, pidió comida china a través del teléfono, al llegar a casa comió, y después de una siesta, al atardecer, comenzó a escribir el artículo que iba a enviar al periódico.

**Capítulo 3**

**El Cuarto en forma de bunker**

Carla tenía pelo oscuro hasta los hombros, llevaba un tipo de maquillaje en tono oscuro que le daba una apariencia *dark* y distante. Silenciosa, perspicaz y observadora, creció como cualquier niño de clase alta, a pesar del resguardo de su padre, que deseaba que creciera como una niña normal. Se acordaba hasta hoy del refugio en la granja, donde su padre la montaba a caballo, nadaba en el estanque y hasta ordeñaba a las vacas. Era feliz allí. Su madre prefería no ir y la apuntaba a cursos y más cursos, clases que iban desde piano hasta *ballet*, pasando por el curso de inglés kids. Desde bien pequeña, a Carla todas estas actividades la oprimían. Juzgaba a sus amigas. Un día que la hicieron presentarse vestida de ángel en una celebración católica, de forma inesperada y sin motivo aparente, empujó desde lo alto de la escalera improvisada en la que estaban subidas a una amiga que iba disfrazada de ángel también, en un auténtico acto malvado. Entre que la amiga se rompió el brazo, venía la ambulancia, la gran confusión en la iglesia y, al mismo tiempo que la madre corría para socorrer a la accidentada, se entendía con los padres de la misma, el padre, rescataba a su hija y se la llevaba fuera de la escena, escondiendo la sonrisa por un gesto tan impensado. Por el bien de la niña, la regañó mucho, pero él mismo sabía que no estaba siendo convincente. Cuando todos se encontraban en casa, hubo una reunión de emergencia para discutir el error de la hija. Preguntada, puso cara de inocente, a sus 8 años, y salió con esta: ‘’¡Quería ver si ese ángel volaba!’’. Su padre explotó en una carcajada, su madre lloró de rabia y se enfadó con su esposo. Jurema intentó concretar el castigo, pero fue desautorizada por su esposo, que ya tenía planes para el fin de semana en la granja. Se pelearon feamente, pero su padre ganó el pulso, y ya el viernes por la noche, durmieron en el campo, para aprovechar mejor el fin de semana. A Carla le gustaba conversar con los niños y las niñas, hijos de los empleados del lugar, amaba jugar lanzándose heces de caballo, llegó a tal punto, que cuando ella iba a ser la siguiente, a un niño que atrevido la incitaba, le colocó una bola de hez de caballo en la boca. Allí era feliz, la convivencia con su padre era amigable, comprensiva, amable, además del hecho de que él fuera su padre. Ingeniero con talento, que había heredado una fortuna de sus padres, Ambrósio era disputado por grandes constructoras del país, y ya había prestado servicio en Angola, Benín, Canadá, Estados Unidos, Portugal y Alemania. Pero se sentía en el paraíso simplemente estando en el campo con su hija. Carla presentía que el matrimonio de sus padres no iba bien. No que tuviesen peleas y discusiones, lejos de aquello, pero sí las formas en que Ambrósio lo llevaba a no discutir sobre ninguna hipótesis. Él simplemente salía de la discusión. En momentos críticos, se iba a dormir en un apartamento funcional que mantenía en el centro de BH. Siendo así, después de algunas separaciones parciales, se confirmó la separación oficial. Ambrósio fue contratado por la Secretaría de Obras del Estado de São Paulo y asumiendo algunas de las misiones más importantes, siendo una de ellas la supervisión de las obras del nuevo estadio del Corinthians, en Itaquera. Carla sintió el alejamiento, las llamadas se volvieron mas raras, y sabiendo la característica de su padre de no envolverse ni interesarse más por su ex esposa, pasó a comprender que los silencios cada vez más frecuentes significaban lecciones, una de las muchas que aprendió con él, como: ‘’Hija, aprende una cosa: el dinero no es suficiente para tener una vida feliz. Lo importante es buscar un objetivo y dejar de lado todos tus bienes y conquistas financieras. Ser feliz con las cosas más simples. Respira el aire y siente como es diferente aquí en el campo. No hay contaminación, observa sólo la naturaleza, los caballos, bueyes y gallinas. Ellas son lo que son, sólo eso, y nos proporcionan un excelente contacto. Un modo bonito de vivir la vida. Cuando yo tenía tu edad, tu abuelo me dio esto, trayéndome para aquí siempre que podía. Me hizo transformarme en un hombre y me enseñó a ganarme mi propio dinero. Eso me iba a definir. Eso me definió. Fui camarero a los 14 años, luché por mi dinero; sólo en épocas especiales el me proporcionaba ayuda. Fue una gran cosa que aprendí. Por favor, no sea igual que sus amigos ricos, fórmate, vive y deje vivir, busca diversión y ama las cosas simples. No dejes que el dinero te corrompa’’. Y así lo hacía él. No interfería en los excesos de la esposa, pero siempre negociaba un dinerito extra con tareas y tareas para que Carla entendiera el significado de trabajo. En la semana, le ponía tareas a la hija: para que ella pudiera disfrutar el fin de semana, tenía la obligación de limpiar sus zapatos, ayudar a la empleada a secar los platos, ayudar a poner la mesa a la hora de la comida y buscar el periódico en la portería, siempre a las ocho de la mañana. Y claro, le enseñó a doblar las sábanas, limpiar el polvo y poner la ropa sucia en la lavadora. Para desespero de su madre, que pensaba que todo eso era una estupidez, y no fueron pocas las veces en las que afirmó: ‘’Nuestra hija es *Cinderella*, ¡no la cenicienta!’’ Carla dejó las clases de piano, el *ballet* y centró sus fuerzas en el inglés. Con tantas reclamaciones de la madre, pasó a ignorarla solemnemente y a boicotear cualquier intención de meterla en la comunidad social de la élite de BH. Pensaba que todo aquello era una tontería. Tan sólo no encontró fuerzas para luchar por dos cosas: quería estar en una escuela estadual de periferia y, ya a los 14, deseaba trabajar repartiendo periódicos. Disuadida por la madre, hasta por una cuestión legal del Estatuto del Menor y del Adolescente, se resignó con la cartilla de ahorro, pero sin usarla para gastos mayores. Ella misma pagaba a el transporte escolar, la mensualidad en el colegio y visitaba librerías, centrándose en la lectura como punto de huida. Ya a los 12, leía filósofos, todo para la preocupación de su madre. Platón y el Mito de la Caverna, aquel mito era todo aquello que percibía. Tan actual y tan presente en su vida: apariencia y esencia. Jurema era la prueba viva de eso. Descartes, Kant, Spinoza, hasta llegar a Nietzsche, se reconoció en el personaje de la película *Pequeña Miss Sunshine*, con el adolescente que había hecho voto de silencio hasta conseguir su objetivo, que era el de convertirse en piloto de cazas en la aeronáutica. Vio al bigotudo en la película y procuró descubrir quién era Nietzsche, y el bien que había causado al personaje, haciéndolo callarse para el mundo. Leyó *El Anticristo*, se acordó entonces del frívolo empujón que le dio a la amiga disfrazada de ángel (así es, ¡no consiguió volar!), leyó *Ecce Hommo*, y se apasionó por *Así habló Zaratustra.* Dejó de frecuentar la iglesia, ni siquiera se bautizó, para desespero de la madre que insistía. Después de muchas discusiones, si bien que no existen discusiones de uno sólo, una vez que Carla se había resignado a quedarse callada e intentar esconder su sarcasmo por la cursilería de su madre. ‘’Mira niña, si no te bautizas, te juro que no tendrás tu dichoso viaje a Disney. ¡Y mira que ya pedí el visado, pasaporte y negocié con la agencia!’’ Carla agradeció en silencio. ’’Y mira que no tendrás tu fiesta de quinceañera. ¡Juro que no! Carla agradeció nuevamente, todo en silencio. Y después tuvo que agradecer y disculpare, con el ofrecimiento de la madre tanto para ir a Disney, como para el baile de quinceañera; se cerró la cuestión de que no quería ni una cosa ni otra, y, a decir verdad, no quería nada que no fuese leer Nietzsche y anticipar las clases con el profesor de literatura, redacción y filosofía, Gregório. Poseía un amor intelectual por el profesor, veía en él unas ganas de gritarle al mundo estupideces y veía en él características de su padre. Carla era una niña común, no se había unido a ningún clan, y todo lo que había descubierto era por voluntad propia. Experimentaba y se dejaba experimentar. Fumó marihuana, pero desistió al segundo intento, por quedarse hambrienta y somnolienta. Había practicado sexo oral, pero pensó que aquello era asqueroso. Buscó en músicas alternativas para entender el mundo y las cosas, y como sabía inglés, buscaba grupos alternativos de *rock and roll* que, de tan alternativos, buscaban sólo oscuridad, y en sus espectáculos, había solamente integrantes de otras bandas, igual de oscuras que ellos. Frecuentaba algunos de esos espectáculos, y bebía compulsivamente. Para desespero de su madre, pero era todo en vano. Conversando con Gregório, éste la hizo calmarse. Sin didáctica ni discursos de adulto aburrido, le hizo ver que el consumo excesivo del alcohol iba a molestar aquello que ella más deseaba: su discernimiento intelectual. ‘’¡El alcohol destruye las neuronas!’’. Y Carla se calmó, intentaba a toda costa un encuentro con Gregório para tomarse un vino, pero el profesor siempre tenía algún compromiso y sólo se encontraban en librerías, alguna exposición y en el último evento social, la presentación de *Provocaciones Filosóficas De Un Pensador Actualizado Con Las Cosas Del Mundo*. Dejemos el pasado y demos un salto para los días actuales.

Carla llegó a casa, almorzó rápidamente y, después de intercambiar pocas palabras con la empleada, fue a su cuarto. Cerró la puerta. Cerrada en la habitación y ensimismada, intentó digerir los acontecimientos del último día. Ágilmente, en un buscador de películas en línea, se puso a buscar la película indicada, se tumbó, dormitando, rememorando, recordando, visualizando, presintiendo y angustiándose. No quería pensar más en el beso forzado que Greg le había dado…En verdad, la cosa se fue un poco de control: aquella erección sofocada del profesor no tenía nada que ver con la propuesta del beso. Recordó tantas y tantas mediocridades expuestas en la noche anterior, durante la presentación del libro. Es triste saber que personas perdieron su humanidad para volverse cómicas de ellas mismas. Todas tenían causas para defender, se cubrían y se defendían en eso para no percibir sus vidas tristes, vacías e insignificantes. Se aferró a Greg, intelectualmente hablando, pues él era diferente y se asemejaba a un sastre en esos difíciles tiempos de trajes listos y baratos, adquiridos con tanta facilidad. Sólo percibía que Greg era un reprimido con alguna cosa, no contaba nada de su vida personal. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿Tal vez hijos de su edad? ¿Dónde vivía? Siempre que preguntaba cosas por el estilo, el profesor salía por la tangente. Un sujeto enigmático, lo mínimo que se podría suponer. Ahora compartirá con él un secreto que no confesará a nadie. ¡Quería morir de verdad! ¡O no! ‘’ ¡¿Tendré el valor suficiente para suicidarme?!’’. Ojeó revistas de psicología, filosofía y demás. Ojeó *Así Habló Zaratustra* y por azar, leyó: ‘’Envenenaron el agua santa con su concupiscencia; y al llamar alegría a sus torpes sueños, hasta envenenaron las palabras. La llama se indigna cuando ellos ponen al fuego sus húmedos corazones; el propio espíritu hierve y fumiga cuando los canallas se queman en el fuego. La fruta se estropea y se vuelve empalagosa en sus manos; su mirar es un viento abrasador que seca el árbol con frutos. Y más de uno de los que se apartaron de la vida, tan solamente se apartan de la basura; que habían querido repartir agua con suciedad, la llama y el fruto. Y mas de uno que se retiró al desierto para sufrir la sed allí como los animales salvajes, lo hicieron para no sentarse junto a la cisterna en compañía de inmundos camelleros. Y más de uno que avanzaba como exterminador, como una granizada por los campos de simiente, sólo porque quería poner el pie en la boca del bandido para taparle el gaznate. Y lo que mas me perturba no era saber que hasta en la vida se encuentra la necesidad de enemistad, de muerte, y de cruces de mártires; pero tan solamente me pregunté un día, y la pregunta casi me sofocó: ¿Qué? ¿Tenía la vida necesidad de gentuza también? Las fuentes envenenadas, los fuegos infernales, los sueños maculados, los gusanos en el pan de la vida, ¿son cosas necesarias? No era el odio, ¡pero sí el asco que me devoraba la vida!’’

Releyó. Buscó en el diccionario el significado de la palabra gaznate. Leyó garganta, cuello. Se quedó satisfecha. Era interesante cómo abría el libro, como si fuese un Evangelio de pequeñas actitudes. Conocía la obra de color, se acordaba de trozos enteros. Su obsesión llegó al punto de entrar en el aula de alemán para comprender mejor los términos donde había encontrado dificultades de traducción. Reflexionó: ‘’¡asco que me devora la vida!’’. Sí, asco de tener una madre tan inútil, materialista y mezquina. Asco de amigas que se quedaban embobadas con sus móviles todo el tiempo, pero desconectadas de la vida real. Asco de la chica que se tiró toda la noche anterior fotografiando, publicando, sumida en lo virtual y lejos de prestar atención a las palabras de Greg en la discusión propuesta. Greg no era de esa época. Apostaba que, si hubiera nacido un siglo antes y viviese en Paris, viviría, sí, los horrores de dos guerras tremendas, pero se maravillaría en el Café De Flore, discutiendo con Merlau-Ponty, Camus, Simone, Sartre y Picasso. ¡Pobre Greg! ¡Condenado a intentar meditar por la gentuza! Gentuza y el lloro cristiano de una mujer que se culpaba por la muerte de su madre. ¡Qué horror! ¡La salvación para la madre fallecida es no tener que convivir con personas tan insoportables! ¿Y la otra que expone su cáncer, como si el mundo tuviese la culpa de que su carne estaba siendo carcomida por los gusanos? O su pañuelo en la cabeza es una herida expuesta, reza por la misericordia y es una resentida. ¿Y quién sería aquel hombre extraño que parecía perdido en el evento? La pobre chica que adora y ama los animales…bastó que citase el caso en que Nietzsche se abrazó a un caballo para que ella abriese completamente la boca, contar su vida en cinco minutos y, de la conversación, todo se resumía en castraciones animales, pienso, albergues caninos, criminalización de la tauromaquia en España, condenación de actos de iniciación cultural en Dinamarca donde jóvenes mataban delfines y mucho control para asegurar el lloro después de esas narrativas. El gay se clasifica como gay y negro, su militancia es medio infantil; en verdad, nunca clasifiqué los gustos personales, sexuales de quien quiera que fuese; lo que me hace observas a las personas es su distinción intelectual, y Greg me completa en ese requisito. ¡Su madre era una lástima! ¡Como si fuera un póster de superficialidad! ¡Y el beso! ¿Qué significado había tenido aquel beso para Greg? ¡Ojalá ninguno! El pobrecito se quedó todo avergonzado, a pesar de que yo perdería la virginidad con él. Pero nada que significase más que una ruptura del himen, no quiero otro significado que no sea ese.

Viajó por sus ideas, teorías y por todo. Viajó tumbada y encontró aliento para seguir viviendo. ¿Quién sabe si encontraría razones en un mundo sin sentido? Como siempre ocurría, el trecho leído lo reflejaba cada vez más. Sus pensamientos sobre los ordinarios presentes en la presentación fueron fruto de esa asociación. Nietzsche hubiera tenido una jaqueca si hubiese sido Greg. Convivir con imbéciles. Schopenhauer hacía bien, que exigía al dueño de la instalación que no pusiera a nadie sentado a su lado en las horas de las comidas y cuando su perro Átima, ‘’ el alma del mundo’’, hacía algo mal, le regañaba diciendo: ‘’ ¡Humano!’’. ¡Mundo de mierda! ¡Mi mundillo es un mundo de mierda! Debo encontrar fuerzas para soportar todo esto. No sé cómo, pero las encontraré. Tengo a mi amigo Nietzsche y ahora tengo a Greg también; quiero enloquecer su vida mediocre, quiero hacerle salir de su aburrimiento y divertirlo divirtiéndome yo también. No voy a morir. Por lo menos por ahora. ¿Quién sabe otro día? ¿O tal vez nunca? Vacío. Hasta la palabra entorpece. Se acordó de un pensamiento que había leído de Emil Cioran: ‘’Sólo vivo porque puedo morir en cuanto quiera: sin la idea del suicidio, ya me habría suicidado hace mucho tiempo’’.

¿Cómo sería perder la virginidad? ¿Dolería? ¡El himen! ¡Una gran cosa! Un trocito de carne y que era la búsqueda de todos los chavales. ¡Chavales! ¡Los odiaba! Las parejas que había encontrado y sus inseguridades latentes. Necesitaba un hombre, no de un chico. Aplastada en un muro en el piso donde vivía, experimentó el sexo oral, dando y recibiendo, pero sin entusiasmarse. ¡Chicos! ¡Qué personas más idiotas! Cerró los ojos y comenzó a masturbarse, primero levemente y después, de modo frenético. Pensó en Greg y jugó, imaginó, soñó y se satisfizo. Somnolienta, se desmayó y durmió, encontrando el silencio, la paz y la ausencia de las percepciones. Un vacío. Le gustaba ese vacío. El vacío de no pensar, sentir ni juzgar.

Dejemos que Carla se entregue a sus sueños y sonidos y vamos a volver con Gregório Mendes. Realmente, nuestra adolescente intelectual nietzscheana tiene razón. Cuando entra en su casa, Gregório cierra la puerta de tal forma que ni a este humilde narrador le es permitido saber sobre su verdadero ser: si está casado, si tiene hijos, animales de compañía u objetos personales. Personaje extraño, sólo definible en los acuerdos sociales.

Jurema Barbosa da Silva había crecido como cualquier otra niña de clase alta belorizontina. Hija de un político sin escrúpulos, que pasó de presidente de una asociación de barrio a concejal, de concejal a diputado estadual, de ahí a federal, asumió el cargo de la Secretaría de Cultura en Brasilia durante el gobierno de Sarney, y era persona influyente para los medios, creciendo por medio de la masonería. Notablemente cuando su padre vivía en Brasilia, Jurema, cuidada por su madre, y por la empleada, perdió toda referencia masculina y paterna a los 10 años. Cargaba con el nombre de su abuela, madre de su padre. Su madre era maniacodepresiva, a pesar de que en aquel momento esa tipificación psicológica no era corriente. Pero ella la entendía hoy. Concepción alternaba momentos de euforia pura y periodos enteros donde simplemente no salía de la cama, tomaba un baño, se cepillaba el pelo etc. Jurema creció con vergüenza. Sus amigas tenían padres y madres ‘’normales’’, en las fiestas de cumpleaños vivía la mezcla de la alegría y la tristeza, por no siempre poder presentar su madre a sus amigas. Creció, en fin, escondiéndose. Y fue así como conoció a Ambrósio, que no tenía estigma con el nombre y se salía muy bien. Divertido y hablador, ya estaba en la facultad de ingeniería por la UFMG y era un alumno brillante. Se dio cuenta que a su pareja no le hacía gracia ser llamada de Jurema, a partir del momento en el que, con la relación ya seria, dijo llamarse Brigitte y no Jurema, a Ambrósio no le hizo gracia la situación, pero lo intentó sobrellevar y no le dio mucha importancia. Jurema hizo gala de una gran discreción cuando fue presentada a los padres de él. Ella que vivía en una mansión, que era apenas una de las muchas propiedades de la familia; todavía tenían dos granjas más, y una casa más pequeña, Jurema admiró la forma espartana en que vivía su pareja, vivía en un apartamento estudio en el centro, en el infierno de BH. Cuando le preguntaban sobre su situación financiera, siempre salía con la misma: ‘’Mis padres tienen dinero, me proporcionaron confort, pero quiero tener la dignidad de ascender con mis propias medios’’. Y él así lo hacía. Antes de graduarse, ya trabajaba en el mejor despacho de ingeniería de BH (ahí sí, aceptó el empujoncito de sus padres, que lo recomendaron a un renombrado político de Brasilia, padre de Jurema,) Se casaron justo después.

Ambrósio se enamoró de las maravillosas relaciones sexuales que mantenía con Jurema, con diminutivo Ju, pero como siempre ocurre en estas ocasiones, la pasión es el barniz del amor, que cuando se desgasta por el uso, sale la madera del interior, el esposo pasó a notar la inutilidad, los gastos excéntricos y desproporcionados de la esposa. Ambrósio, preocupado, le sugirió sutilmente unos libros, algunos hasta de etiqueta, y en la terapia de pareja (exigencia de ella) se enteró del hecho de un embarazo inesperado. Ese embarazo llego en un momento en el que Ambrosio intentaba separarse. Traje nuevo para el ingeniero que siguió resignado a ocuparse más y más del trabajo, firmando proyectos en los que mostraban todo su talento, y de la misma manera que era un éxito en el trabajo, era un fiasco en casa. Nació entonces un lindo bebé que tuvo el mérito de reunir nuevamente a los padres y familiares. Le pusieron el nombre de Carla. Ese bebé dio vida de nuevo a Ambrósio, que firmó, sí, su proyecto mejor acabado. Pero después vino la depresión posparto de Jurema, su angustia y melancolía y siempre la quejas de que sus pechos se habían caído. Comprensivo, Ambrósio abrazaba a su esposa e intentaba consolarla. Jurema retomó su vida por mantener las apariencias. Podía sufrir endiabladamente en su intimidad, pero cuando volvió a las actividades sociales, exhibía a su hija como un trofeo y la comparaba con las otras niñas. Y así fue como Carla creció, enojada por las inutilidades de su madre y rodeada de actitudes que en nada demostraban sinceridad. Con los niños y niñas de su misma edad y posición, Carla se sentía encerrada, incomoda, no fue, hasta que al ver a un niño que desafiaba a los coches en los semáforos vendiendo pañuelos de papel y su padre bajó la ventana, para adquirir dos paquetes a veinte reales, y cuando Carla pregunto el motivo por el que se encontraban esos niños ahí, escuchó que era debido a que eran pobres. Y percibió el noble gesto de su padre, que compró lo ofrecido sólo para ayudar. Esa escena marcó a Carla. Había entonces un mundo cruel allí fuera, un mundo donde las personas luchaban para sobrevivir, y ahora Carla entendía las lecciones de su padre para que trabajase por sus cosas y que tuviese responsabilidad.

El anuncio de la separación fue rápido y directo: Ambrósio abrazó a su hija, dijo que iría a pasar una temporada en São Paulo y que le tocaba a ella querer a su madre, pues necesitaba amor. Carla, en la cima de sus nueve años, la quiso todo su corazón, tragándose las lágrimas y solamente pidiendo para que su padre no se olvidase de ella, ‘’¡Qué cosas tienes hija mía! ¿Cómo voy a olvidar a la persona que más amo en este mundo? Sólo necesito que cuides de tu madre. ¡Te necesita!’’. Y la necesitaba. Después de muchísimas dosis de Prozac y Lexotan, Jurema encontró refugio otra vez en las apariencias. Se puso implantes de silicona, asumió la presidencia de un club social y pasó a gastar desenfrenadamente. Hacía las cosas sólo para aparentar, para causar buena impresión. Como estaba siempre en las fiestas sociales de BH, escalaba en las clases sociales y enviaba botellas de vino extranjero para los columnistas. Todos cayeron en esa trampa. Organizó todo tipo de actividades para su hija, para que estuviera lejos de ella, y, en la incongruencia de sus voluntades, madre e hija apenas convivían. Llegada a la adolescencia, y Jurema ya en una pelea de grandes proporciones para cambiar de nombre (en el medio de la clase social ya era conocida como Brigitte) y Carla ofendida por todo aquello. ‘’¡¿Qué importancia tiene un nombre?!’’ y así fue como se hundió en su propio mundo, intentando no preguntarse por el hecho de que su padre se hubiera olvidado de ella y hubiera desaparecido, y sin hacerse la víctima (su espíritu siempre fue altivo desde pequeña), pensó lo siguiente: ‘’¿Menuda lección, no padre? ¿Ya tendrá otra familia? ¡¿Piensa que soy lo suficientemente fuerte para no necesitarle más como mi padre?!), pero el hecho gracioso fue: que con pocas llamadas telefónicas, cuando hablaban, la conversación iba por caminos de los más variados. Carla le contaba todo, hasta su primera menstruación. Se hablaban por teléfono, aunque se veían poco. Raras veces. Mientras tanto, Brigitte (que finalmente consiguió cambiar de nombre) seguía con sus actos sociales y comprando y apareciendo y olvidándose de ser madre. Madre e hija se encontraban en ese distanciamiento. Fue lo suficiente para que Carla rompiera también con las exigencias tradicionales: quinceañera, ir a Disney, confirmación. Sinceramente, no necesitaba nada de eso para ser feliz.

Volviendo al presente, tomando un café en el Restaurante California del Centro Comercial de BH, Brigitte está al teléfono con la editora de una revista de la ciudad de Nueva Lima. Pregunta:

— ¿Conseguirías enviarme mis fotos que van a salir en la edición? Me gustaría darles un vistazo.

— Sí, dime tu e-mail – responde la interlocutora.

— ¿Tienes cómo informar que fui a Buenos Aires y que estuve en el Café Tortoni?

— En verdad, pensamos en la publicación de las fotos solamente. Vinculadas al evento.

— Pero ¿cómo voy a aparecer sin ninguna información relevante?

Al otro lado de la línea, la editora se contuvo para no mandar a tomar por culo a la señorita. ¡Tenía que aguantar a cada una! Pidió su e-mail y prometió que iba a enviar las fotos. Brigitte le dio también su Whatsapp y pidió que se las enviaran lo más rápido posible. Colgó. Sentada allí tomando un cappuccino, iba a dirigirse a Halcón viajes para programar su próximo viaje. Paris. Vio que fue mejor aceptada en el grupo de la clase social alta cuando dijo que había viajado a Miami y Buenos Aires. Paris iba a ser su consagración. Se haría una foto en la Torre Eiffel y haría un cuadro o un póster. Pasearía en barco por el Sena. Buscaba un sentido y un significado para la vida, sufría las hostilidades de una hija rara y que la odiaba, por más que lo intentase disimular. Sopesó la situación, tenía hambre, llamó al camarero, pidiendo una galletita de queso. Meditó sobre las calorías, ¿y si engordaba? pero estaba en una situación complicada: tenía hambre. Su dieta era rígida, seguía recetas elaboradas de ensaladas, nada de pasta ni carne blanca. ¡No aguantaba ir al gimnasio! Comió la mitad de la galletita. Pagó y fue a la agencia, asegurándose hasta en los más mínimos detalles, para permanecer en una burbuja todo el tiempo que estuviese en la capital francesa. Adquirió un pack de seis días, con traslado del aeropuerto al hotel y viceversa, guías de *city tour* para todos los días, exigencia de que tendrían que visitar la Torre Eiffel, a la que el empleado tranquilizó afirmando: ‘’Ir a Paris y no visitar la Torre Eiffel es lo mismo que ir a Aparecida del Norte y no visitar la Basílica’’. Brigitte, comprobó la cantidad de euros que iba a llevar, le avisaron que su gasto diario podría variar de 30 a 150 euros, dependiendo del estilo de vida, a lo que ella respondió que exigía solamente lo bueno y lo mejor. Iba a llevar su tarjeta de crédito internacional y dinero, entonces no habría ningún problema. Sólo una pregunta hizo a Brigitte meditar y sentirse también un poco solitaria. Como estaba fuera de contexto considerar un viaje con su hija, al ser preguntada si iba a ir sola o acompañada, respondió que sola. El sonido de esa palabra, ‘’sola’’, resonó y se quedó en su inconsciente. Reflexionó sobre ella momentos más tarde, cuando, parada dentro del coche, lloró desconsoladamente al percibir que, fuera del club de la alta sociedad y cada cual, preocupado con su propio mundo, no tenía a nadie. Fuera tachada de egoísta, fría, inútil, y por más que no pensase en esas cosas, dolía ser sólo apariencia y no sentirse realmente feliz. Vivía de la apariencia. De la ilusión. En ese momento de dolor, pensó en el profesor de su hija que había presentado un libro la noche anterior. Pobre, pero que hablaba de cosas con un significado diferente. Palabras como filosofía, autoconocimiento, reflexión, postura, amor, en fin, fueron tantas palabras bonitas y dichas por un pobre diablo que cargaba cajas para vender sus propios libros. Pensó en su hija. Por más que intentara acercase a ella, era rechazada y todo lo demás se perdía en vanas tentativas diplomáticas de relacionarse. Vacío. Se sentía vacía y completamente sola. Recibió una llamada y decidió no contestar. Era algo elegante no estar disponible todo el tiempo, hacerse la difícil. Contestaría días después, afirmando que estaba muy ocupada con los preparativos para el viaje a París. Pensó en la posibilidad de conversar con el pobre profesor de su hija, recibir algunas clases con él, ¿quién sabe? Para comprender mejor el mundo y las cosas. Ir mas allá y buscar el significado de las palabras filosofía, conocimiento, autoconocimiento, reflexión, angustia, amor, pasión, postura, ética, en fin, ¡estaba resuelto! Compraría el tiempo, las horas y el conocimiento de Gregório. Y, astutamente, pensó en el profesor como un buen tipo para consumar, sexo sin compromisos, pero, joder, ser vista en público con aquel profesor tan pobre no quedaría bien. Le pediría el contacto a su hija. ¿Para antes o después del viaje? Volvió para casa.

Brigitte despachó a la empleada, comprobó las tareas listas y fue al llamar la puerta del cuarto de su hija. Despertada por leves golpes de su madre en la puerta, Carla se levantó, pidió un tiempo para abrir la puerta, fue al baño y se lavó la cara. Avergonzada, notó algo sucio en su vientre y, lavando sus manos, se echó un poco de perfume para disfrazar el olor de su dulce y amorosa guarrería. Abrió la puerta.

— ¡Mamá! ¿Qué quieres?

— ¡Carla, hija querida! Reservé mi viaje a París. ¡Estoy tan feliz! ¿Puedo entrar? – ni siquiera esperó la respuesta y se sentó en el sofá en frente de la cama.

— ¡Qué bien mamá! ¿Cuándo vas? – Carla se sentó en la cabecera de la cama, tirando una manta sobre sus piernas.

— En veinte días. Ni pensé en incluirte, sé de tus clases y el hecho de que no te gusta viajar conmigo.

— ¡Por favor, mamá! ¡No seas dramática! ¡Es sólo que no me gusta viajar! Sólo eso.

Brigitte sonrió, abrió los brazos y levantándose, abrazó a su hija. Sintió un fuerte olor a perfume. Volvió al sofá y continuó:

— ¿Sabes hija? Creo que después de ese viaje voy a conocerme mejor. No sé por qué, pero lo siento.

— ¡Que bueno!

— Quería intercambiar alguna idea contigo. Saber tu opinión.

— Vale.

— ¿Sabes aquel profesor tuyo? Me gustó la forma en la que habla. Quería conversar con él, tener algunas clases con él. ¿Qué piensas?

— Greg no tiene tiempo libre. Creo que no le va a interesar.

— ¿Ni aun pagándole?

— Mamá, no todas las cosas pueden ser compradas. Greg es muy honesto.

— Greg? ¿Ya tienes esa intimidad con él?

— ¡Sí, la tengo! Creo que soy la única que le llama así. ¡Somos amigos mamá! Le conozco un poco.

— ¿Amigos como?

— Amigos! Amigos como pessoas que se gostam.

— Hija mía, él tiene la edad de ser tu padre.

— Sí, lo sé. Pero no lo es. Y no me vengas con esa tontería de la figura paterna – se irritó.

La madre percibió el enfado, se enfadó también, pero se controló, a tal punto de proponer invitar a Gregório a un café en casa.

— Mamá, ¿qué quieres de Greg?

— Le oí hablar. Sólo es eso. Él dice cosas bonitas, interesantes.

— Mamá, mira un vídeo de youtube con un café filosófico.

— ¡Pero es diferente hija!

— ¡Sí, sé que es diferente! Pero sería una locura invitar a Greg a venir a casa. No quiero vínculos.

— ¡Está bien! Pero dame el número de contacto de él, por lo menos.

Carla cogió el libro de Greg, lo sacudió y se lo entregó a su madre diciendo:

— Mamá, está todo ahí. Sus ideas. Su modo de pensar y de vivir. Tal vez haya escrito por eso mismo. Para verse libre de charlas con personas. Él habla a través de sus libros.

— ¡Carla, querida mía! Sabes que no tengo tiempo para leer. Lo que me gusta es conversar, ¿entiendes?

Carla estaba bastante irritada. Y cansada. Se resignó:

— ¡Está bien mamá! El contacto de él está en la contra tapa del libro.

— ¿En dónde?

Carla se levantó, cogió un subrayador, se dirigió a su madre y subrayó el e-mail de Gregório en la segunda página de *Provocaciones Filosóficas De Un Pensador Actualizado Con Las Cosas Del Mundo*. No quiso darle el teléfono; se sintió aliviada y divertida, e imaginó cómo sería la conversación entre su madre y Greg. Sonrió y abrazó a su madre, que devolvió el abrazo. Le informó que iba a ver una película, pasó antes por la cocina y preparó un sándwich de jamón york y queso caliente, volvió a su cuarto y, cerrando la puerta, se acordó del vacío, del absurdo de la existencia y de la alegría en soportar cada día. ¡Soportar todo eso! Sabía que sería maldad, pero quería ser una mosca para ver la conversación entre su madre y Greg, si él estuviese dispuesto a escucharla.

Vio *American Beauty*. Carla meditó sobre muchas cosas. ¿Por qué Greg le había sugerido esa película? ¿Sería él el hombre de 42 años que estaba cansado de la vida y que decidió mandar todo a la mierda? ¿Será que Greg estaba casado y en un matrimonio fallido? ¿Sería ella, Carla, el fetiche del adolescente deseado por el personaje principal? ¡No, sabía que no! El personaje militar, todo rígido en su conducta de vida, ¿representaría los dictámenes de las buenas costumbres? ¿Suceso, poder y conquistas, deseados por la agente inmobiliaria, esposa del personaje frustrado, podría representar a su madre? Ella reflexionó sobre la banalidad de la vida de la hija adolescente de Lester Burnham. Un viciado que grababa todo y que era hijo de un militar conservador. ¡Qué mierda de vida! ¡Conversaría después con Greg sobre esta película!